

## **La leche en polvo, el queso y la mantequilla de los americanos en los años 50-60 en Albox**

Miguel Ángel Alonso Mellado

Una humilde lata nos transporta a un momento concreto de la historia de la escuela y de nuestro país, 1954-1968. Nos traslada a años en los que el hambre de la posguerra condujo a un empobrecimiento generalizado, a la desnutrición de la infancia y a una debilidad congénita que nos llevó a alcanzar la tasa de mortalidad infantil más alta de Europa. No se podría hablar de la leche en polvo sin mencionar la guerra, origen del hambre y de la miseria en esa España en blanco y negro con aromas a incienso y naftalina.

Conviene tener en cuenta que los niveles alimenticios que España tenía en 1935, es decir, un año antes de la Guerra Civil, no volvieron a alcanzarse hasta la segunda mitad de los años 50, por lo que es muy probable que la leche en polvo americana contribuyera a redondear el número de calorías que necesitaban muchos niños de la época. A mediados del siglo pasado, la situación económica de España era bastante crítica. Las consecuencias de la guerra y del subsiguiente periodo de autarquía tienen todavía sumido a nuestro país en un estado de pobreza y de aislamiento del que difícilmente se podía salir sin la ayuda exterior.

El contexto político de la Guerra Fría hizo posible la supervivencia de la dictadura franquista, el ingreso de España en organismos internacionales y recibir ayuda alimentaria a través de los programas de cooperación al desarrollo de FAO-UNICEF.

La cosa comenzó cuando en 1953 Dwight D. Eisenhower fue proclamado presidente de los Estados Unidos y un tal Richard Nixon vicepresidente. En 1959 se produjeron la visita a España del presidente norteamericano Eisenhower y el célebre abrazo al General Franco, dando con ello un respaldo a su Régimen que, de inmediato dio como resultado el regreso de las Delegaciones Diplomáticas y los Embajadores que habían abandonado España en 1948

España, al no haber participado en el conflicto mundial, no pudo beneficiarse del Plan Marshall para la reconstrucción europea y, no obstante, necesitaba ayuda con urgencia. Por ello, en 1953 va a firmar con Estados Unidos los Pactos de Madrid, según los cuales se instalarían en territorio español cuatro bases militares norteamericanas a cambio de contrapartidas económicas y de defensa. Desde 1953 nos llegaron sobre todo alimentos de la "Ayuda Social Americana" que era de iniciativa privada, a través de Cáritas, UNICEF.

En 1954, Cáritas Española colaboró con organizaciones benéficas estadounidenses para distribuir leche en polvo a estudiantes en España, como parte de la ayuda social americana. Esta iniciativa benefició a miles de niños escolarizados en colegios nacionales, quienes recibían un complemento alimenticio esencial. Cáritas Escolares fue la encargada de distribuirlos; en 1954 disfrutaron del complemento alimenticio 70.000 estudiantes, en 1959 eran 2.348.510, pero no llegó a toda la población infantil solo a la escolarizada en colegios nacionales. Se repartieron unas 300.000 toneladas de leche en polvo, unos 3.000 millones de litros de leche.

En Albox la gestión de estas ayudas era realizada a nivel parroquial por vecinos que se hacían llamar "Los Hermanos" y a la vez eran prebostes del Régimen como Ismael Sánchez o Justo Martínez.

En el barrio de La Loma se almacenaban todos estos productos en la casa del cura que estaba en la Plaza de San Francisco, el párroco vivía en la casa de las Periquinas (antigua Unicaja). Se

utilizaba de almacén una oficina que había en la casa del cura, a la que por cierto no accedía el párroco, tan solo lo hacían los del Movimiento. El cura de La loma era José Amat Cortés y del Pueblo lo era don Federico, un hombre ya bastante mayor. A pesar de haber insistido en conocer si en el Pueblo había algún almacén para estos productos americanos, nadie parece recordar que así fuera.

La antigua escuela parroquial de niños La Concepción, o la que para muchos fue la escuela de don Torcuato y para otros la de don Ismael se situaba al final de la calle Salitre en una modesta casa de cultura para muchos albojenses del barrio de San Francisco.

Se construyó como escuela unitaria de niños a finales de los años cuarenta estando abierta y ejerciendo como colegio de niños hasta el año 1971, cuando fue clausurada como escuela parroquial, integrándose esta unidad escolar en el colegio Virgen del Saliente. Aquellos niños lomereros aprendieron allí a leer, a escribir y las cuatro reglas. Estas escuelas eran cuatro casas bajas propiedad de la familia de don Torcuato.

Don Torcuato Navarrete fue el primer maestro de esta escuela y la regentó hasta el año 1958 cuando fue trasladado al instituto laboral de Huércal-Overa para impartir la asignatura de francés. Maestros de esa escuela en los años 50 con don Torcuato fueron: Francisco Serrano Alfonso (don Paco) que vivía en el Pueblo en la Calle Antonio Martínez. Juan Gallego Escámez de la familia de los Pelayos de la fonda, era bastante mayor en esa época, era bastante alto y buena gente según recuerdan sus alumnos. Antonio Ruiz Requena que vivía en la Calle Ancha enfrente del Hogar del Pensionista, era suegro de Justo Martínez.

Tras la marcha de don Torcuato, traspasó la escuela de La Loma a Ismael Sánchez Gallego que la regentó desde 1958 hasta 1969, la que dejó para dedicarse al negocio de las maderas.

En los años 60 había cuatro maestros en la escuela de La Loma, estaba el propio Ismael Sánchez; otro era José Cruz García, un hombre de talante sereno que sustituyó a Juan Gallego. Fue director del Colegio Nacional Comarcal "Virgen del Saliente" de Albox durante once años, desde el 1 de septiembre de 1966 hasta el 31 de agosto de 1977 en que se traslada a un colegio de Almería. Pedro García Haro era el dueño de la tienda de tejidos de la plaza del pueblo llamada "Blanco y Negro", gran aficionado a la caza era habitual estar en clase con un perro podenco. Francisco Fenoy González que había nacido en Almería el 2/12/1915 llega a la escuela del Llano de las Animas en 1943 posteriormente en los años 50 pasaría por la del Llano del Espino y la de Calle Cádiz en el Pueblo. En los primeros años 60 llegaría a la escuela de La Loma hasta que cuando se abre el colegio Virgen del Saliente sería destinado a ese centro.

Había también maestros particulares como Don Antonio Ruiz en la Calle Ancha y Alfredo Vilar en la Calle Concepción.

En la Calle Concepción nº 13 había un aula, en una cámara, donde se daban clases a las niñas, la maestra era Antonia Díaz Gallardo, madre del maestro Antonio Pardo, mujer bondadosa, en su escuela se mezclaban niñas de todos los estamentos y a las más necesitadas, gitanillas sobre todo, les daba de comer en su propia casa e incluso ayudaba a las familias con algunos paquetillos de comida. Esta aula estaba en la propia vivienda de Doña Antonia, antes había dado escuela en la casa de las músicas junto a la iglesia de La loma en los años 30 y 40.

Otra de las maestras era Magdalena Montoya Carmona, vivía en la Calle Ancha enfrente de otro maestro, Ismael Sánchez. Magdalena tenía la escuela en una habitación de una casa al final de la Calle Concepción haciendo esquina con la Plaza de Los Dolores donde el ayuntamiento había

abierto una puerta para que asistieran las niñas. En los años 30 también dio clases en la casa de las músicas, a la izquierda de la iglesia de La Loma. Cuando se inaugura en 1966 el Virgen del Saliente se trasladan todas las niñas a este nuevo centro.

Maruja Moreno fue maestra de párvulos en La Loma en los años 60, era mujer de Pedro García Haro. Daba clases en una habitación de lo que fue la casa de Pilar la Bolicha al lado del Hogar Parroquial.

Esos contenedores cilíndricos de cartón piedra de unos 20/25 kg, marrones y de anillas de aluminio en los que llegaba la leche en polvo, en bolsas de plástico, se encuentran grabados en la memoria escolar y sentimental de una generación, como icono de una época, una rareza para quienes era la única leche que tomaban. Se introdujo en el ritual de la escuela su elaboración diaria. Se calentaba agua en un caldero, ayudados de un infiernillo o estufa, removiendo con grandes paletas. Esta tarea podía durar una hora y recaía en estudiantes mayores o personal de los centros.

Aquella leche tenía un sabor un poco raro, la servían templada, a la hora del recreo, y en invierno sentaba pero que muy bien. Había días en que se podía repetir, fuera porque aquel día había faltado al colegio mucha gente, o cosa por el estilo. No era obligatorio beberse la leche, pero no estaban los tiempos para andar despreciando cosas. Se tenía cuidado de no dejar grumos porque se pegaban al paladar, a la lengua y a la campanilla de la garganta de tal forma que impedía respirar bien, y si bebían de inmediato agua, se hacía un bolo que al intentar tragar daba ahogo.

Siendo responsables de las escuelas de niños Don Torcuato a finales de los 50 los chiquillos iban al horno de Fernando que estaba bastante cerca, en la calle Arrabal y como tenía un grifo de agua caliente, iban los alumnos a que les llenara la perola de cinc donde se añadiría la leche.

La leche en polvo se iba añadiendo con una zorzola o paleta y moviendo con un cucharón para diluirlo y para que no tuviera grumos, caliente se servía a los niños con una jarra o un cazo. Había un bidón de leche en polvo cada una de las cuatro escuelas, se hacían 2 perolas para las cuatro escuelas. En clase, tenía cada niño su vaso de latón en una leja preparado para la leche en polvo, quienes podían lo acompañaban con una cucharada de azúcar. Se repartía en la hora del recreo a las diez y media de la mañana.

En época de Ismael Sánchez la leche en polvo se elaboraba en su casa de Calle Ancha, su mujer tenía allí una tienda de comestibles. Como castigo a los que no iban a misa ni a rezar el rosario los sábados, serían los encargados de hacer la leche en polvo algunos días. Otras veces se hacía en una casa que había enfrente de las escuelas donde vivían dos mujeres solteras y ellas eran las encargadas de fregar luego los cacharros. La leche en polvo se revendía fuera del cole.

Era habitual que los chiquillos bebieran leche de cabra puesto que había bastantes familias que tenían una cabrilla para el apaño o si no era habitual ver a algún cabrero a diario por las calles y los vecinos sacaban un cazo u una olla según las necesidades familiares para que lo llenara.

Las mañanas del mes de abril los jóvenes/as esperaban a los cabreros para que les echara leche. Cogían flores, ponían en el pelo, como desde abril hasta agosto paren los animales y había exceso de producción de leche y solían regalarla. Los chiquillos que enfermaban eran alimentados con leche de vaca por sus mayores cualidades nutritivas.

El dichoso queso no era fácil de probar, porque como tenía bastantes "admiradores", la lata se vendía en el mercado negro a 50 pesetas. El queso era de color amarillo ocre y al venir enlatado, era una barra que se cortaba en secciones y estas a su vez en porciones, y al contacto con el aire

se volvía como una piedra. Con su particular textura era un manjar al que pocos estaban acostumbrados.

El queso venía en unas latas cilíndricas de color dorado de 5 kg y que se abrían con un abrelatas. Llevaba impresas, unas letras de tamaño considerable en las que podía leerse: "DONATED BY THE PEOPLE OF THE UNITED STATES OF AMERICA", se trataba de asociaciones tipo Cáritas o Unicef. "Cheddar cheese", y añadía: "Not to be sold or exchanged" "(no se puede vender ni intercambiar).

El queso se repartía por las tardes, a la salida del colegio a las cinco, aunque en algunas épocas se hizo durante la mañana. Era sencillo, tantos niños, tantos trozos de queso, algunos traían un trozo de pan de la casa para acompañar el queso, otros no. En esos años el queso no lo daban todos los días, tan solo cuando venía bien. Un niño de tres o 4 años, de La Loma, asomaba todas las tardes a la hora de repartir el queso a la puerta de la escuela y le decía a su hermano Pablo que era alumno allí: "pabico, ame queso".

Me cuenta Antonio el Porcelete que él era el que repartía el queso y que un día se llevó a su casa una lata de queso y que, al verlo asomar, el padre, Andrés el Porcelete le dio una "pasá de palos" como escarmiento. En los taráis que había en la rambla a ambos lados, una jauría de perros escarbando, localizaron enterradas un gran número latas de queso, siempre hubo rumores de que se hacía negocio, aquí, y todos los pueblos fue una constante ese fundado chismorreo.

Además, había un reparto de leche y queso por las tardes en la casa del cura de La Loma a gente necesitada que llevaba unos vales para canjearlos por cierta cantidad de aquellos productos de los americanos.

La mantequilla venía en cajas de madera, en la España de los 50 la mantequilla debía ser como el caviar, en fin, mantequilla aquí en Albox, no se vio, en el Valle del Almanzora poco, en algún sitio puntual.

En la escuela rural de "Los Graneros", entre el Llano y Las Pocicas, me refiero a "Los Graneros de Abajo", pues debía existir otra barriada que fuera "Los de Arriba", me cuenta Pedro Pardo que les dieron leche durante unos días, pocos. Del queso por lo visto existió, pero fue, junto con unas judías grandes, el alimento codiciado de aquel mercado. Para tapar los ojos, a los más reivindicativos, debieron darles en varias ocasiones. Los menos pedigüños, poco, o nada, pillaron. A esa escuela, llevaron leche en polvo, las maestras. Los críos llevaban un vaso, echaban una cucharada de polvo y ellos mismos le echaban el agua. Duró sólo unos días. Luego aquello se acabó y pasaron a venderla, al parecer aquello fue un negocio muy lucrativo. Los hubo que debieron forrarse, pues, al parecer, se convirtió en un mercado negro.

En muchos colegios antes de empezar las clases se cantaba "el cara al sol" y si cantabas de nuevo, te daban otro vaso, era necesidad, tapaba un poco el hambre. Comida poca y miedo había mucho. Hasta casi los 70 se seguían cantando en las escuelas aquel himno y se estudiaba con libros como "La Cartilla, 1ª, El Parvulito, 1ª, 2ª y 3ª Enciclopedia Álvarez y El Escudo Imperial". Se dejó de aprender a escribir haciendo palotes o sea líneas verticales en la pizarra con la tiza en los cuadernos personales. Todo el mundo estará de acuerdo en considerar la película de Luis García Berlanga «Bienvenido Mr. Marshall» como una de las grandes obras maestras del cine español, cómo ignorar aquellas imágenes desoladoras de los americanos pasando de largo por un pueblo esperanzado que había montado una quimera con la llegada de aquellos ricos amigos. Un pueblo que, tras la decepción, volvía, al día siguiente, a su dura rutina.

En poblaciones vecinas fue similar lo de la elaboración y distribución de estos productos americanos. Mi primo Ángel Alonso de la Fuente Molina iba a la escuela en la Palmera de Albánchez, todos los días, antes de empezar la clase dice que se cantaba el cara al sol y si cantaban de nuevo, les daban otro vaso de leche, era necesidad, tapaba un poco el hambre.

En Tíjola me dice un conocido que allí no hubo queso, que sería para pueblos más grandes. Lázaro Torregrosa de Zurgena me cuenta que iba al colegio en el campo, en la barriada de Los Higuerales, y todas las mañanas en el año 1962, hacían los niños una mesa cuadrada de paletas y en un vaso bebían la leche en polvo que les hacía la maestra doña Herminia. Un vaso solo en el recreo, la gente del campo, tenían, leche todos, pero ese vaso, sumaba.

Cristóbal Berbel de Arboleas fue maestro en esos primeros años 60 en Huércal Overa y afirma que allí si se daba mantequilla. También lo fue en la barriada del Pocico de Lubrín, Fuente Amarga de Huércal Overa y en Somontín, en estas escuelas no vio ni la mantequilla ni el queso, tan solo se distribuyó la leche.

Lázaro López de Almanzora me cuenta que en la escuela del palacio se llevaban los chiquillos los vasos de aluminio para cuando tocara la leche. En casa de Juanita Alonso (mi tía, vive junto al estanco), en la planta de arriba era la escuela de niñas y preparaban allí la leche en polvo que bebían todos, críos y crías, allí. Las latas de mantequilla eran de 3kg y junto con el queso, tan solo se veían por la “calle”, fuera del ámbito de la escuela, y en este mercado negro, se vendían más baratos en las tiendas de Almanzora. Lázaro me dice que el queso lo comía él porque su madre, tenía tienda y allí se revendía.

Mi amiga María Asunción de la Rambla de Oria me comenta que, en el recreo de la mañana en las escuelas de niñas, de esa pedanía, la maestra se llamaba Angelina Reche Pardo y que daban la leche en polvo, queso y mantequilla. Los chiquillos se llevaban de sus casas los vasos de plástico y un poco de azúcar liada en papel para añadirla a la leche que preparaba la maestra en la misma escuela y que con un repartidor le iba dando a cada niña, que se podía repartir el que quisiera. El queso lo daban también a media mañana y muchos se llevaban un trozo de pan para acompañarlo, otros ni eso. Lo que sí que recuerda M.<sup>a</sup> Asunción es la deliciosa mantequilla que daban de los americanos, era todo un lujo que venía en latas con letras en americano que no descifraban a averiguar, aunque si distinguían lo de: United States of América.

Esta historia arroja un poco de luz a lo que siempre nos han contado unos y otros sobre la “leche en polvo de los americanos” apenas recordaban algo de este tema, pero escuchando a todos estos amigos se ha podido conformar esta historia que seguro que les será grata a todos y en especial a esos niño/as, hoy ya más crecidos, que fueron a la escuela en los años 50 y en los 60 y que pueden certificar todo lo escrito con anterioridad. Para los demás nos sirve para tener un recuerdo fijo de lo que fue la “leche de los americanos” en aquellos años en los que faltaba de todo, menos ilusión por mejorar y que vinieran tiempos mejores.